

He dicho que Machado no se encontraba del todo ni en la poesía ni en la filosofía. Es cierto, no es nada fácil otorgarle una identidad clara. Como poeta habló de la imposibilidad de cantar, y como filósofo, de las carencias del pensamiento lógico. En algún momento se da en su obra la nostalgia del canto y la constatación de que ya no era posible hacerlo. Había que hacerlo, pero de otra manera. No podía ser un cantor ingenuo porque ya era un poeta escindido por una conciencia crítica. Y no podía, desengañado, entregarse a la filosofía porque sabía algo que también afirmaba su maestro Ortega, que el pensar era necesariamente homogeneizador, y él estaba por lo heterogéneo: las cosas y los hechos únicos inscritos en el tiempo, aunque ese tiempo, para que viva ha de ser rescatado de la fluidez heraclitana que dice ahora y nunca. Tanto Unamuno como Ortega hablaron entre los años once y catorce de que la filosofía andaba con cosas muertas, aunque para resucitarlas como conceptos, y Machado, que había criticado a Mallarmé y a los simbolistas tanto como a los barrocos, por haber prescindido, según él, de la noticia temporal, lo que quería era recuperar el tiempo. La lectura de Bergson fue determinante, como tal vez lo fue para Marcel Proust. De hecho, Machado escribe en *Los complementarios* lo siguiente sobre el autor de *La recherche*: «Todo cuanto dice M. Proust sobre la memoria y las intermitencias está en mi “Elegía de un madrigal”, publicada en 1908, en *Soledades, Galerías y otros poemas* y escrita mucho antes». Se ha dicho en ocasiones que su tendencia a la filosofía fue a partir de la muerte de su mujer, pero sin duda es algo que está en Machado desde siempre, sólo que se fue aguzando. En *Soledades* (1899-1907) escribe: «Poeta ayer, hoy triste y pobre/ filósofo trasnochado,/ tengo en moneda de cobre/ el oro de ayer cambiado», que es una versión más, aunque de importancia en Machado, de la sentencia clásica de que el árbol de la vida es verde y el de la teoría, gris. Más tarde, en *Campos de Castilla* (1907-1917), en el poema CXLI, se hace aún más evidente. Su mujer ya ha desaparecido y hay una referencia a la muerte y a la soledad como incitadoras de la reflexión:

Más hoy... ¿será porque el enigma grave  
me tentó en la desierta galería,  
y abrí con diminuta llave  
el ventanal del fondo que da a la mar sombría?  
¿Será porque se ha ido  
quien asentó mis pasos en la tierra,  
y en este nuevo ejido  
sin rubia mies, la soledad me aterra?  
No sé, Valcarce, mas cantar no puedo:  
se ha dormido la voz en la garganta,  
y tiene el corazón un salmo quedo.

Hay que hacer notar que Machado, aunque está hablando consigo mismo, interpela a un amigo, siguiendo una gran tradición clásica. Enfrentado a la soledad y a la ausencia, Machado percibe que el pensamiento filosófico le ofrece la posibilidad de adentrarse en la formulación de lo que en la poesía es expresión y constatación e incluso contradicción indisoluble. Machado percibe que la comprensión del yo, del enigma en definitiva de ser, de lo que él, Antonio Machado es, tiene que ver con la existencia de lo otro. Es una afirmación que niega el pensamiento schopenhaueriano del mundo como mi representación, idea que tan brillantes resultados solipsistas inspiró a Borges. Lo que Machado intuye es lo siguiente: el otro existe a pesar de mí y cuando me percibo a mí mismo surge lo otro como fundamento de mi yo. Lo uno padece una incurable otredad.

Poesía y pensamiento suponen la existencia del otro. Pensar es dialogar; cantar es afirmar al otro. «Quien razona –escribe Machado– afirma a su vecino». De ahí que Machado confiese que «En [su] soledad/[ha] visto cosas muy claras/que no son verdad». La verdad no es, pues, cuestión exclusiva del individuo ni puede serlo sino de la intersubjetividad.

Busca a tu complementario,  
que marcha siempre contigo,  
y suele ser tu contrario.

(«Proverbio y cantares» CLXI)

El ahondamiento que Machado lleva a cabo en la soledad humana es realmente lúcido. Rompe con toda posibilidad narcisista, aunque se cruza con esa tentación. El enigma del yo es doble; un movimiento opuesto lo recorre: el ensimismamiento o la percepción de que la soledad nunca lo es en sí misma sino de algo. Si Machado hubiera podido leer *Muerte sin fin* (1939), el gran poema de José Gorostiza, creo que le habría impactado. En muchos momentos sus razonamientos poéticos sobre la inteligencia «que todo lo concibe sin crearlo» se asemejan, pero *Muerte sin fin* es, en muchas ocasiones, un poema encerrado en sí mismo y el sujeto poético también está abismado en esa transparencia narcisista que no le permite trascenderse. En ese gran poema, el sujeto ni encuentra satisfactoriamente a Dios ni logra reconciliarse con la inteligencia. Tampoco el poema que construye Gorostiza le abre el camino hacia los otros. Paz lo vio, en su temprano y determinante ensayo, como un «monumento funerario». Machado, tal vez después de sentirse conmovido por la tremenda tensión de ese poema, habría dicho lo que ya expresó sobre Góngora o Quevedo, o lo que dijo sobre Jorge Guillén. Tal vez lo que dijo sobre los tres, y algo más que ignoramos, lo habría